

Rehacer el mundo

Abajo y a la izquierda

Arturo Anguiano

Índice

Prólogo	9
La política como resistencia	21
Participación política y democracia	41
Política del oprimido y estrategia anticapitalista	49
Una estrategia de resistencia libertaria	59
La otra política y la experiencia zapatista	69
El aporte teórico-político del EZLN	79
Autogobierno y justicia autónoma	91
Economía de resistencia, emancipación ahora	97
La revuelta cotidiana, política de los oprimidos hacia la emancipación	115
Guerra, resistencias y alternativas políticas.	
En torno al debate sobre ética y política	129
Por una política de abajo	139
El despojo de lo político y maneras de recobrarlo	145
México, una nación devastada y a la deriva	155
Autoemancipación de los trabajadores y democracia socialista. El aporte teórico de Ernest Mandel	169
Bibliografía	211

La política como resistencia

LA CRISIS DE LA POLÍTICA

Se ha convertido en un lugar común decir que la política está en crisis, que se desdibujan los contornos de lo político, que ha venido a menos la centralidad del Estado (y de la política) que se construyó durante la era del sistema de Estados-nación a través de un largo y complejo proceso histórico, y que en su lugar se impuso incuestionablemente la centralidad de la economía. Esto simboliza la preponderancia de los intereses particulares, egoístas y parciales, es decir de *lo privado*, frente al bien común y *lo público* o, en otros términos, de lo individual frente a lo colectivo, del mercado sobre el Estado. La economía y la política parecen haber revertido sus relaciones tradicionales, quedando atrapada e incluso subsumida la segunda por el peso avasallador de la primera.

Esta situación sería resultado de la mundialización del capital, la producción y el mercado impulsada en todo el mundo desde la década de 1980 y que expresa la hegemonía alcanzada por el capitalismo neoliberal luego de la crisis mundial de la deuda y de la caída del Muro de Berlín.¹ En el norte como en el sur del planeta, los procesos de reestructuración económica y social quedaron determinados por el fin de las regulaciones múltiples del Estado y el pretendido universalismo de un mercado libre de toda reglamentación, lo que condujo no solo a la crisis estatal, sino igualmente a la disgregación de las sociedades (entendidas en tanto comunidad) y a la descomposición de las formas de convivencia y acción que es-

¹ Véase François Chesnais, *La mondialisation du capital*, Paris, Syros, 1997.

taban en la naturaleza de la política.² La mundialización capitalista, así, ha profundizado la crisis global de las democracias occidentales, de la socialdemocracia, del socialismo real que terminó por desplomarse y en general de los regímenes intermedios o híbridos (populistas, fundamentalistas, etc.). Esto revela y condensa la crisis del conjunto de los paradigmas políticos predominantes.

Es significativo, entonces, que la crisis de la política devenga universal y que por todas partes pierdan credibilidad y eficacia las formas de representación, tanto los actores políticos como los partidos y en general los procesos políticos y el entramado institucional del Estado, cuya legitimidad se erosiona.

La mercantilización y privatización de los distintos espacios públicos promovida por el neoliberalismo a ultranza (y su variante socialdemócrata), así como la estatización y confiscación de estos que implicaba el llamado socialismo real, descompusieron el ámbito y la naturaleza de lo político. Los espacios de la política se pierden como los lugares del pensar y el hacer colectivos, socavando (o de plano anulando) las libertades sobre las que se sostienen y nutren.

Un régimen político corporativo como el mexicano combinó, en su transcurrir, formas patrimoniales de estatización centralizada de espacios y relaciones con la mercantilización de los mismos, lo que no significó sino la confiscación a la sociedad de lo político, su distorsión y subordinación. Lo colectivo se subyugó y envileció mediante la corporativización y las jerarquías políticas y sociales arbitrarias, mientras lo ciudadano se postergó por mucho tiempo, diluyéndose incluso sin lograr cobrar forma en el país, en medio de reglas y prácticas no democráticas de una suerte de dictadura de Estado-partido³ que apenas, en el umbral del tercer milenio, empieza a desmantelarse de manera desordenada, sin que afloren con claridad libertades y espacios públicos desde siempre usurpados y sujetos a reglamentaciones y sospechas, constreñidos y desnaturalizados.

La crisis de la política se deriva especialmente de la crisis del Estado-nación que suscita el proceso de mundialización capitalista, antes que

² Véase Daniel Bensaïd, *Éloge de la résistance à l'air du temps*, Paris, Les Éditions Textuel, 1999, pp. 14-15. Para Michel Foucault, "el conjunto de relaciones de fuerza existente en una sociedad constituye el dominio de la política, y [...] una política es una estrategia más o menos global que intenta coordinar y darles un sentido a estas relaciones de fuerza", véase M. Foucault, *Microfísica del poder*, Madrid, Ediciones de La Piqueta, 1992, pp. 168-169.

³ He desarrollado este concepto en mi trabajo "México: Crisis de un régimen de Estado-partido", *Región y sociedad*, núm. 18, julio-diciembre, 1999.

nada por poner en entredicho y socavar la base territorial sobre la que descansa, al volver porosas las fronteras e incontrolables los flujos materiales e inmateriales que lo surcan: capitales, tecnologías, noticias, culturas, enfermedades, plagas, gente que emigra en busca de esperanza, etcétera. Referentes fundamentales de la política, como espacios, tiempos, tradiciones, saberes y prácticas colectivas se desfiguran bajo el embate de los procesos globales.⁴

Los Estados no han dejado de perder capacidad de decisión soberana y poder, al enfrentarse a actores poderosos, como las grandes empresas mundiales y ciertos organismos económicos internacionales —Organización Mundial de Comercio (OMC), Banco Mundial (BM), Fondo Monetario Internacional (FMI)— que aparentemente se independizan de aquellos y les disputan el dominio y el sentido, tanto como la legitimidad.⁵ Las sociedades nacionales padecen el desgarramiento del conjunto de sus relaciones y ven desmoronadas las bases y condiciones de su soberanía. Las relaciones de dominación y sometimiento, entonces, se enredan y sus elementos legitimadores se destiñen, revelando así brutalmente su naturaleza compleja (clasista, étnica, de género, etc.), por lo que declinan los regímenes políticos que las administraban de manera central. Así, las relaciones sociales capitalistas (y lo mismo las que trataron de asentarse en la estatización de la economía centralizada burocráticamente) entran en crisis (o de plano se desploman y descomponen como en el segundo caso), al igual que el conjunto de instituciones sobre las que se realizan y sostienen.

Cuando la democracia parece generalizarse e imponerse de manera incuestionable por todas partes, el planeta es sometido a nuevos fundamentalismos (nacionales, étnicos, religiosos, políticos) y hegemonías imperiales que condicionan y regimentan a su antojo (restringen, determinan o ahogan) las libertades que pretendidamente deberían sustentarla. Al igual que el supuesto libre mercado mundializado, donde impera en verdad la ley del más fuerte y tienen el control unos cuantos poderosos complejos económicos globales de carácter monopólico, el nuevo desorden mundial que en los hechos va abriéndose paso bajo el dominio indisputado de Es-

⁴ Confróntense, por ejemplo, Robert Boyer, *Mondialisation au-delà des mythes, les dossier de l'état du monde*, Paris, La Découverte, 1997; David Held, *La democracia y el orden global*, Barcelona, Paidós, 1997 y Zygmunt Bauman, *Le coût humain de la mondialisation*, Paris, Hachette Littératures, 1999.

⁵ Véanse, por ejemplo, Manuel Castels, *La era de la información, II. El poder de la identidad*, México, Siglo XXI Editores, 1999, cap. 5; Philippe Moreau Defargues, *La mondialisation, vers la fin des frontières?*, Paris, Ifri/Dunod, 1993. Igualmente se puede confrontar mi ensayo: "Mundialización, regionalización y crisis del Estado-nación", *Argumentos*, núm. 25, diciembre, 1996.

Una estrategia de resistencia libertaria

ORIGINALIDAD DEL ZAPATISMO

Si hay algo que de entrada distingue al Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) del conjunto de corrientes y organizaciones políticas que se identifican con las izquierdas es, sin duda, su capacidad de vencer la inmediatez, de no dejarse atrapar por las necesidades apremiantes y reaccionar a los acontecimientos que se imponen día a día, sino que —sin alejarse de los mismos— se plantea siempre una visión que los procesa y redimensiona conforme a sus objetivos de mediano y largo plazo. Así fue desde su inicio en la Selva Lacandona donde, a partir de 1983, formó, en contacto con los pueblos indios, una opción organizativa, política y militar que no brotó a la luz del día hasta diez años después. Gobernar los tiempos, seguir sus propios y singulares ritmos y los de las comunidades, caminar abriendo caminos inexplorados sin precipitarse a responder a los dictados de circunstancias siempre cambiantes, veleidosas, significó ir contra la corriente, remontando las inercias de una izquierda impaciente atrapada por la urgencia de notoriedad, de reconocimiento, de conquista de éxitos públicos y espacios de poder (o casi) administrables que la potenciaran.

De esta forma, el EZLN se situó de entrada *en la perspectiva, en el periodo largo*, duradero, desarrollando la capacidad de decidir cómo y cuándo participar en una coyuntura, intervenir en un momento relevante cargado de posibilidades, respondiendo al ahora, pero desde el ayer y con el mañana invariablemente en la mira. Esto es, rehabilitó el despoblado terreno de la *estrategia*.

Esta virtud del EZLN ha levantado muchas polémicas e irritaciones en torno a su pretendido desapego respecto a los procesos políticos nacio-

nales e internacionales y hasta acusaciones de abandono de la política, de despolitización de sus prácticas sociales e incluso ¡localismo! Y no solo cuando, en determinados momentos, y a veces durante largos periodos, se ha refugiado en un silencio que siempre resulta ensordecedor, sino también cuando utiliza la palabra para plantear sus críticas, sus ironías, sus análisis y propuestas. “La palabra como arma y el silencio como estrategia”, enfatiza el Subcomandante Marcos,¹ pero ni el silencio ni la palabra resultan convincentes en un medio político degradado en que las ideas que articulan las palabras se deslavan y los contornos y colores de las ideologías y banderías políticas se difuminan hasta confundirse y desaparecer, dando lugar a una opacidad indiferenciada de partidos y corrientes, mimetizados en visiones y prácticas hasta volverse lo mismo. Menos el silencio —tan rechazado, tan temido por la clase política y los medios a quienes la incertidumbre inquieta—, cuando la política ya no es sino mediática y las movilizaciones se reemplazan por el ruido atronador en los medios electrónicos, por el escándalo mediático que imprime notoriedad a partidos, organizaciones sociales y civiles y sus omnipresentes y muy maquillados, impostados, estruendosos voceros.

Frente a un pragmatismo desbocado que determina al conjunto de organizaciones políticas de izquierda (y las de otro signo también) concentradas en la conquista de espacios institucionales, de cargos y representaciones formales que potencien los intereses de sus aparatos partidarios (y su respectiva fracción de la clase política), se levanta la posibilidad de formular, de perseguir una estrategia de carácter libertario, al retomar el horizonte en los términos de los zapatistas, planteándose construir un camino de resistencia que vaya más allá, en la búsqueda de la autoorganización y la autonomía de las organizaciones, comunidades y pueblos, de “las sociedades civiles”, como dicen.

REPARAR LA IZQUIERDA

Contra quienes consideran que el EZLN carece de ideas y propuestas, de análisis políticos, que pudieran contribuir al debate teórico de la izquierda y los movimientos sociales, refundiéndolo como un proyecto meramente moral, considero que ha podido realizar —a través de numerosos comunicados, textos, iniciativas y prácticas— una lectura de la realidad nacional e incluso internacional que no solo ha contribuido a introducir la perspec-

¹ Véase la entrevista a Marcos en Gloria Muñoz Ramírez, *EZLN: 20 y 10 el fuego y la palabra*, México, Rebeldía/La Jornada Ediciones, 2003.

tiva de los movimientos indios, sino que ha permitido arreglar los relojes y las brújulas de la izquierda completamente atrofiados por el electoralismo, el pragmatismo y la desilusión por la caída de los regímenes del socialismo real y el aparente triunfo irrefrenable de las políticas neoliberales, del capitalismo y la nueva dominación imperial, neocolonial, cristalizada en Estados Unidos.

Al reintroducir los debates sobre la resistencia y la lucha por la autonomía del movimiento social frente al poder, en la perspectiva de la democracia y la justicia, del autogobierno, la autogestión y la igualdad, el EZLN plantea las bases para una *estrategia de liberación* que se asienta en el reconocimiento de la diversidad, la pluralidad, la tolerancia. Rechaza todo vanguardismo y universalismo, precisamente porque parte de la necesidad de teorizar las experiencias y tradiciones de cada quien, en las condiciones concretas que no pueden dejar de ser singulares, específicas, probablemente irrepetibles. Para los zapatistas, la teoría no puede resultar sino de la práctica, lo que implica diversidad de situaciones, de condiciones, de momentos, de periodos, de formas.²

Por supuesto que este enfoque ha llevado a críticas sobre el pretendido “localismo” del EZLN o su negativa a asumir realmente la dimensión y alcance generales de toda teorización. Pero, en realidad, de ninguna manera se niega a la reflexión teórica, sino que pone por delante prevenciones sobre el esquematismo, las generalizaciones forzadas y las imitaciones acrílicas que matan toda teoría y cualquier práctica política independiente. Sus planteamientos tienen, de hecho, la virtud de retomar el sentido realmente revolucionario de la teoría de dirigirse no solo a la crítica, al análisis, sino básicamente a la acción, a la transformación de la propia realidad: “Al señalar y analizar, al discutir y polemizar, no solo lo hacemos para saber qué ocurre y entenderlo, sino también, y sobre todo, para tratar de transformarlo”.³

Lo cierto es que los zapatistas no han dejado de proponer e implementar iniciativas políticas que, a su vez, permitieron organizar debates y reuniones sobre distintas cuestiones que han permitido enriquecer las opciones teóricas y políticas (e incluso culturales) de la izquierda. A nivel nacional, de México, por supuesto, pero no han faltado las propues-

²“La reflexión teórica sobre la teoría se llama ‘Metateoría’. La metateoría de los zapatistas es nuestra práctica”, Subcomandante Insurgente Marcos, “El mundo: Siete pensamientos en mayo de 2003”, *Rebeldía*, núm. 7, mayo de 2003.

³ *Idem*.

La otra política y la experiencia zapatista

La crisis del Estado mexicano y su régimen político autoritario no ha encontrado una solución de recambio a pesar de recomposiciones recurrentes y debates hueros sobre la pretendida transición democrática. La democracia oligarquizada (con sus reglas de exclusión y autorreproducción) que más bien se ha puesto en práctica en los hechos, asegura una dominación de clase erosionada, que no logra suscitar el consenso social. Mantiene la crisis de representación y legitimidad de instituciones estatales invariablemente frágiles y de regulaciones y reglas políticas a modo, que tras su largo ocaso no han podido sino transfigurar la república imaginaria preexistente en una república inacabada y oligarquizada, todavía ajena a la democracia, combinada con atisbos de una federación (atascada por el centralismo) que desde la Independencia no ha logrado cristalizar. Las elecciones nacionales de 2000 y 2006 mostraron no solo el fracaso de la alternancia política como medio de relegitimación y recomposición estatales, representaron también la quiebra de las ilusiones democráticas de la mayoría de los componentes de la sociedad, lo que no necesariamente genera apatía y en su lugar puede conducir a la revuelta. La crisis de las instituciones se agudizó con la degradación incontenible de la política estatal y la perversión de los actores políticos oficiales, esto es los partidos, la clase política ampliada que simboliza al régimen oligárquico aparentemente en reconstitución, que se aísla socialmente y resulta incapaz de cambiar.

Las contradicciones y conflictos sociales se reproducen desde los espacios y territorios de la sociedad, desbordando o haciendo estallar los conductos y reglas impuestos por la pesadilla de la política estatal que los atiza. Desde abajo brotan y se tejen, así sea intuitivamente, respuestas colectivas

en forma de inconformidades, resistencias y rebeldías, que se realizan en *otra frecuencia*, aunque respondan a estrategias o consecuencias de esa política (explotación, despojo, opresión, criminalización, violencia) y generalmente choquen con sus actores institucionales. Las lógicas con las que los actores oprimidos de la sociedad se conducen en esos momentos de inconformidad y lucha son distintas a las oficiales, alimentan la autonomía, la autoorganización y autoactividad, por lo que se conducen por caminos diversos muchas veces inesperados y con desenlaces impredecibles. Fragmentarias, recurrentes, aisladas o enlazadas por solidaridades, van acumulando de cualquier forma fuerzas y decantando experiencias colectivas. Confrontaciones reivindicativas y políticas (¿ciudadanas?) no dejan de sucederse e incluso combinarse abriendo un horizonte que rebasa la inmediatez y que puede incidir en procesos de politización, de afirmación de identidades particulares y de participación más claramente política.

La sociedad, en efecto, en no pocas de sus capas más oprimidas y aparentemente resignadas, ha vivido experiencias y situaciones que manifiestan su búsqueda por revertir la exclusión política o la política estatal predominante que las condenan al sometimiento. Intentos de explorar o encontrar opciones de participación política, para poner en práctica *otra política desde abajo*, desde pueblos y comunidades, desde los barrios y centros de trabajo, esto es, por recuperar espacios públicos confiscados o acaparados por el Estado y los partidos. En un país dominado desde siempre por el corporativismo y el clientelismo que subordina e integra a los sectores organizados y a los más desvalidos a estructuras como el PRI-Gobierno que anuló toda forma de autonomía, cuando todos los partidos que alegaron cambiar reproducen esos esquemas de dominio y manipulación de la sociedad al margen de sus pretendidas identidades distintas, no resulta extraño que al rechazo de esa situación que se vuelve intolerable y sin sentido, se unan muchos núcleos y organismos de todo tipo y deriven hacia formas de autonomía que les posibiliten convivir ellos mismos, en colectivo, resistir, encontrar espacios y vías para solucionar sus necesidades de vida y no solo de existencia. Una política, entonces, que sea producto de —y acorde a— las necesidades y acciones de una sociedad muy plural y de sus ciudadanos concebidos como diferentes, originales (con múltiples identidades) y con plenos derechos no sujetos a dádivas de los de arriba.

Se trata de un proceso muy largo de luchas y resistencias que se anuncia con la irrupción de los estudiantes y muchos sectores sociales en el ámbito confinado de la política precisamente en 1968, luego de recomposiciones y movilizaciones sociales tanto trabajadores, campesinos,

Autogobierno y justicia autónoma

Paulina Fernández Christlieb nos presenta su libro, *Justicia autónoma zapatista. Zona Selva Tzeltal*,¹ con la explicación del doble propósito que persigue: “mostrar las capacidades de los pueblos indígenas zapatistas en la construcción de un proyecto de vida autónomo y, con ello, demostrar que existen formas de organización, de democracia, de gobierno y de justicia, alternativas a las dominantes en la sociedad capitalista del México contemporáneo”. Realmente define bien el contenido de su libro, que rebasa con mucho la restricción acotada en el título que se refiere al sistema de justicia autónoma en uno de los cinco Caracoles construidos por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y sus bases de apoyo. El tercer capítulo, a partir de la página 207, se dedica por completo al tema previsto e incluso el IV, que pretende hacer una valoración general de la justicia autónoma, aborda los problemas más generales del autogobierno y no tanto los elementos relacionados más específicamente con la justicia, que por supuesto también trata. En este sentido, considero que el título del libro es engañoso y no advierte a plenitud sobre su contenido que, me parece, aborda cuestiones más amplias, como el autogobierno, sus procesos de elección democrática, su composición, sus formas de organización y funcionamiento, que permiten contextualizar con precisión la cuestión de la justicia que interesa en especial a la autora. Hubiera sido mejor, más preciso y atrayente un título como *Autogobierno zapatista y justicia autónoma en el Caracol de La Garrucha*, o algo así. A lo mejor exage-

¹ Paulina Fernández Christlieb, *Justicia autónoma zapatista. Zona Selva Tzeltal*, México, Estampa/Ediciones Autónom@s, 2014.

ro, pero considero que el título de un libro o un artículo debe condensar, anunciar el contenido todo del texto.

Paulina Fernández complementa sus propósitos al señalar el carácter singular del libro que, en efecto, le da toda su relevancia: un trabajo realizado con la intervención directa de las comunidades zapatistas, que llevaron a cabo un verdadero proceso de movilización participativa en los cuatro municipios autónomos del Caracol de La Garrucha, que implicó no solo preparar las condiciones materiales que hicieron posible el trabajo de investigación de la autora (traslados, hospedaje, etc.), sino que convocaron, organizaron y realizaron reuniones especiales con los abuelos de cada uno de los cuatro municipios, once asambleas comunitarias, ocho reuniones-entrevista con los consejos municipales, algunas reuniones con autoridades comunitarias de varios poblados y dos reuniones con la Junta de Buen Gobierno. De esta forma, la autora no hizo entrevistas individuales, sino que se reunió con colectivos convocados para la ocasión, con los cuales discutió libremente y quienes le proporcionaron toda la información que contiene el libro.

Es, pues, un libro que se convertirá en *lectura imprescindible* por la diversidad y riqueza de los testimonios, las experiencias, las informaciones, la *percepción* y la *memoria colectivas* de las propias bases zapatistas y sus diversas instancias de gobierno. Paulina Fernández se esfuerza por procesar todo eso presentándonos un concierto de voces, un coro donde las distintas voces se suceden, se combinan, se complementan o corrijen, se enlazan para armar una trama que se sucede ante nosotros con diversos tonos, énfasis, matices, con el relato de impresiones, experiencias vividas, visiones, inquietudes y esperanzas. Conclusiones y perspectivas, incluso, sobre un proceso en movimiento caracterizado por la resistencia colectiva e individual en condiciones de una guerra que solo se modifican a tono con el suceder y los ropajes cambiantes de gobernantes institucionales que devienen los mismos, sin importar su partido de procedencia.

El primer capítulo, “La aportación de l@s abuelit@s”, es un concierto de recuerdos sobre las condiciones de opresión, de la explotación abusiva, de las complicidades y amalgamas de autoridades institucionales y dueños de las fincas, sobre todo de los maltratos y humillaciones que los indígenas sufrían por parte de patrones que más bien actuaban como amos. Rememoran igualmente los conflictos entre los propios trabajadores de las fincas y en especial de los que se enfrentaban con los finqueros. De acuerdo con su preocupación central, Paulina destaca la situación de indefensión en que se encontraban los peones, los trabajadores, los indios

sometidos no solo al abuso, el atropello, el racismo y la explotación desmedida, sino desembocando siempre en un sistema punitivo institucional, una suerte de “sistema de administración de justicia punitiva sin justicia”, que luego los propios abuelos confrontan con la justicia autónoma que los zapatistas echan a andar. De cierta manera, el capítulo de los testimonios de las y los abuelos (algunos bastante jóvenes) explica las condiciones y las causas de la rebelión, expresadas como herencia formativa para la nueva generación (y las que vienen) que ha vivido el proceso autónomo, como verdadera politización, aporte al reforzamiento de la continuidad de la resistencia.

Me parece que tal vez en este capítulo hubiera sido conveniente confrontar los testimonios con investigaciones publicadas (lo que a veces se hace en el libro), desmontando mejor todos los mitos y falseamientos que prosperaron en torno a la situación anterior a la insurrección zapatista del primero de enero de 1994.

El segundo capítulo, “De autoridades y gobierno autónomo”, es realmente central, porque se parte de la posesión de las tierras recuperadas y del control del territorio como la base material considerada imprescindible para el desarrollo del gobierno autónomo. La propiedad social de la tierra y los trabajos colectivos que se realizan en los pueblos zapatistas resultan la base del funcionamiento del gobierno autónomo y todas las actividades que han tenido que realizar para construir una vida autónoma, en la medida en que generan los necesarios recursos económicos propios. La independencia económica (con el rechazo de los proyectos asistencialistas del Estado) es “imprescindible a la construcción de la autonomía política”. A través de los testimonios colectivos, se explica cómo se organiza en sus distintos niveles (comunidades, municipios, zonas) el autogobierno de los zapatistas. Las funciones y atribuciones de cada nivel de gobierno y los cargos de cada uno de sus miembros, pero igualmente las formas de elección democrática de sus integrantes y la presencia constante de las asambleas comunitarias en su seguimiento. La intervención cada vez mayor, aunque dificultosa, de las mujeres, el cansancio de algunos, sus renunciaciones, pero también la entrega, la consecuencia de los más.

Resalta “la evaluación cotidiana de las cualidades individuales y colectivas que el pueblo aprecia, aprueba y reprueba”, que impone una rotación de cargos, una rendición de cuentas y el escalonamiento de los tiempos y participantes, que se vuelven comunes. Se detallan muchas de las experiencias y procesos particulares de los municipios y comunidades que no necesariamente son únicas, similares, sino que tienen sus matices,

La revuelta cotidiana, política de los oprimidos hacia la emancipación

Durante casi treinta años, el neoliberalismo en México ha provocado una profunda devastación social, sin que necesariamente haya logrado encontrar una salida a la crisis prolongada de la economía y la política en el país. Mediante una ofensiva a fondo del capital contra el trabajo dirigida por un Estado fuerte que se fue desmontando hasta convertirse en su sombra, la sociedad sufrió un largo proceso de disolución de todo lo social, así como de las viejas formas, condiciones y relaciones que mal que bien le aseguraron a una importante capa de desposeídos una existencia y reproducción por encima de la mera supervivencia. Sin embargo, en medio de un proceso de degradación de la política estatal, en los lugares de trabajo, tanto en la ciudad como en el campo, en pueblos y comunidades, obreros, empleados y toda suerte de asalariados, pero igualmente campesinos, pequeños productores, indígenas, mujeres, jóvenes, no dejan de efectuar numerosas luchas y resistencias, buscando en los hechos recomponer el tejido social. Más todavía, excluidos de la política estatal monopolizada por los partidos, donde solo son vistos como clientelas políticas de ocasión, los oprimidos avanzan en la reconquista de su autonomía, viviendo distintas experiencias de autoorganización, autogestión y autogobierno. Son experiencias que permiten la repolitización acelerada de los oprimidos, que al mismo tiempo dan forma a una nueva política que se desarrolla a contracorriente y al margen de la política del Estado y la clase política ampliada que lo administra. Es, en cierta medida, una política de autoemancipación que se experimenta desde ahora, en la medida en que va preparando las condiciones para que los de abajo reafirmen sus identidades propias, rechacen el orden social que los condena a la desigual-

dad y se rebelen contra la dominación estatal que los intoxica, manipula y oprime.

LA DISOLUCIÓN DE LO SOCIAL, EL ATAQUE A LAS CONQUISTAS

El orden neoliberal ha logrado instaurar en México una situación generalizada de desasosiego, de temor, de incertidumbre. Si bien más de treinta años de estrategias económicas duras y reformas electorales parciales no han logrado superar la crisis del Estado ni relanzar un nuevo periodo de acumulación, sí impusieron una relación de fuerzas del todo desfavorables a los oprimidos. Estos han sufrido el desmantelamiento de sus condiciones de trabajo y han visto degradarse cada vez más su situación de vida. La precarización generalizada y el despojo múltiple (en la ciudad y en el campo) se han impuesto diluyendo seguridades, normas y logros que de alguna forma garantizaron durante años cierta supervivencia más o menos modesta; los pueblos y comunidades, en particular, han padecido desde la reforma al artículo 27 constitucional, en 1992, el abandono primero (el fin de las ayudas gubernamentales), luego la disgregación mediante la individualización de la propiedad agraria y su mercantilización, que han generalizado el despojo abierto a favor de grandes propietarios y sobre todo de inmensas empresas mundiales que se apropian incluso de los recursos naturales básicos.¹

La ofensiva del capital y del Estado contra el trabajo y contra pueblos y comunidades debilitó estructuralmente al conjunto de trabajadores, a los oprimidos, que fueron sometidos a procesos de reestructuración productiva, pérdida de derechos y logros, cierre de empresas, desempleo masivo, *maquiladorización* (un país entero sembrado de maquiladoras, o si se quiere, de industrias devenidas maquilas en vistas a la exportación), políticas como el *outsourcing* (tercerización) y la generalización de los contratos de protección.² La *flexibilización del trabajo* se impuso como una forma de disciplinar y subordinar férreamente a los asalariados: manos libres y garantías plenas a los patrones, inseguridad, desasosiego y precariedad para el conjunto de los trabajadores. La explotación, la desigualdad y el despojo extremos son la manifestación patente del capitalismo neoliberal que acumula riquezas sin

¹ Sobre el proceso y el contexto sociopolítico que se ha vivido durante las últimas décadas, véase mi libro: *El ocaso interminable. Política y sociedad en el México de los cambios rotos*, México, Era, 2010.

² Beatriz Aguirre, Sara Bravo, Alejandra Ramírez, “Las máscaras que esconden la explotación: la tercerización y la subcontratación”, *Rebeldía*, núm. 69, 2010; Francisco Maldonado, “Guadalajara: la explotación en la maquila electrónica”, *Rebeldía*, núm. 70, 2010; Alejandra Ramírez, “La guerra del trabajo contra el capital”, *Rebeldía*, núm. 67, 2009.

par en plena crisis y actualiza en los hechos —en el Centenario de la Revolución Mexicana— reivindicaciones elementales volatilizadas: jornada de trabajo de ocho horas, libertad de asociación, derecho de huelga, contratación colectiva, etc. Se han exacerbado la explotación, el desempleo masivo y en general las condiciones precarias de trabajo y subsistencia que simbolizan la explosión del llamado sector informal de la economía, que conlleva incluso nuevas formas de trabajo forzado y esclavitud.

El capital va por todo. No solo ha logrado imponer dondequiera condiciones sumamente precarias que le han posibilitado mantener y elevar sus ganancias en plena declinación de la economía, sino que se ha ganado a la llamada opinión pública a través del control de los medios de comunicación que condenan los supuestos privilegios que quedan a ciertos núcleos de trabajadores (las antiguas prestaciones y logros sociales, salarios menos raquíticos, etc.), como fue el caso reciente de los más de 40 mil miembros del Sindicato Mexicano de Electricistas (SME), desprovistos de su fuente de trabajo de la noche a la mañana por decisión arbitraria del presidente Felipe Calderón, y glorifican la flexibilidad generalizada entendida como el arbitrio absoluto de los empleadores, proclamados verdaderos benefactores, fuente de bienestar y riqueza para el país. Una verdadera contrarrevolución cultural de carácter conservador está teniendo lugar: consagra la desigualdad extrema (con la exaltación de las virtudes de los más ricos del planeta, como Carlos Slim) y desecha los más elementales derechos sociales. Con el pretexto de la creación de empleos y la modernización nacional, el Estado promueve y protege la privatización y el despojo de las tierras ejidales, comunitarias y nacionales. Los latifundios y monopolios se reconstituyen como nunca, con un claro carácter capitalista. Empresas mineras, agroindustriales y turísticas devastan el territorio, los bosques, las selvas, los campos, los litorales, incluso las zonas arqueológicas, apropiándose (con el aval de un Estado privatizador) los recursos productivos, la biodiversidad, la tierra, el agua, el aire... Garantías, subsidios, ganancias desmedidas e impunidad para el capital; precarización, despojo, desplazamiento, éxodos migratorios para pueblos y comunidades, para trabajadores urbanos y rurales cercados en condiciones adversas, degradadas e inseguras.³

³ Eva Serna, Alejandra Valero, Lucio Díaz, “De sobrevivientes y guardianes. Luchas campesinas en México”, *Rebeldía*, núm. 68, 2010; Alejandra Valero, Eva Serna y Lucio Díaz, “Los guardianes del mar, del río y del desierto”, *Rebeldía*, núm. 73, 2010.